



ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA del CIELO

Año VIII

Nº 04

28-OCT-2018

VAMOS A HABLAR DE LA IGLESIA Y DE SUS COMIENZOS (4)

La primera comunidad cristiana nos quiso comunicar que tenían clara conciencia de ser la continuidad de Cristo. Su asiduidad y concordia en la oración se basaban en la confianza y en la experiencia de la presencia del Maestro. Y la prisa por restablecer el pequeño grupo de doce que Jesús había escogido, sustituyendo a Judas, revela la convicción de que eran portadores de una misión, testigos de un acontecimiento sin igual, vigilantes a la espera de un hecho, según la promesa de Jesús, que les daría fuerza «pasados pocos días.»



Este es el retrato de un grupo que no se ha disuelto porque la causa de su unidad no les ha abandonado nunca. Para ellos Jesús no es alguien que haya que recordar quizá con un propósito de fidelidad a sus palabras; es alguien de cuya presencia y operatividad se da testimonio, según las palabras de Pedro que de nuevo recogen los Hechos de los Apóstoles:

«A éste, Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con Él después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y que diésemos testimonio de que Él está constituido por Dios juez de vivos y muertos. De Éste todos los profetas dan testimonio de que todo el que cree en Él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados.»

Para la comunidad cristiana primitiva Jesús no es un personaje del pasado, sino el Señor presente en la comunidad, es en verdad el Maestro pero es al mismo tiempo el Resucitado, el portador de la salvación. Pues bien, la presencia del Señor es lo que define también hoy a la Iglesia. La Iglesia se siente a sí misma como la comunidad de Jesús, el Mesías, pero no sólo por la adhesión de sus discípulos a los ideales que predicó, y que la primera comunidad de seguidores aún no captaba del todo, sino por su abandono a Él, vivo y presente entre ellos, tal como lo había prometido:

«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

Y haciendo esto se adherían verdaderamente a lo que les había enseñado: Que su obra no era una doctrina, ni una inspiración para llevar una vida más justa, sino Él mismo, enviado por el Padre como compañía para el camino del hombre.

El cristiano es ante todo uno que cree en la resurrección de Cristo, lo cual significa que Cristo vive, que nosotros podemos unirnos a Él y que esta unión es la meta de nuestra vida. La resurrección de Cristo significa además que Jesucristo no es sólo el fundador de la Iglesia, sino que permanece en ella como cabeza invisible pero activa.

La fe no es una fórmula abstracta, sino la fe en el Dios que ha hablado y actuado en la historia y destino de Jesucristo. El contenido de la fe es, pues, una persona, su obra y su destino.

El primer núcleo de la Iglesia nos da testimonio de que «no solamente prosigue la obra de Cristo, sino que lo continúa a Él mismo, en un sentido incomparablemente más real que aquel en que una institución humana continúa a su fundador». La Iglesia de los comienzos nos ha mostrado también en su vinculación con Jesús que nos lo hace presente en verdad».

Hemos visto que los primeros cristianos expresaban la firme persuasión, de que la realidad de Cristo viviente envolvía su vida, asumiéndola en la suya propia y convirtiéndola en el misterio de una compañía trabada, como un componente de la misma. La gente que se reunía, tenía la idea dominante de que su vida había sido transformada por una acción de lo alto como «don del Espíritu.»

«Llegado el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse».

Los Hechos de los Apóstoles narran aquí un hecho fundamental que se registró en la Iglesia primitiva, porque aclara en su origen la esencia de esta comunidad en cuanto realidad invadida de una «Fuerza de lo alto». Jesús había prometido a los suyos una energía, una fuerza nueva para comprender y encontrar consuelo, precisamente en el momento en que retornaba al Padre: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que permanezca con vosotros para siempre»

Texto basado en Giussani, Luigi. Curso básico de cristianismo.